

cias que recibía por todos conductos acerca de las intrigas desleales que contra él se tramaban ni en el inminente levantamiento de los protestantes que todo el mundo preveía, ni en la falta de consideración que recaería sobre los debates conciliares. A principios de marzo se convenció de esta última verdad y accedió a la suspensión de la asamblea.

De este modo, quedó decidida la suerte del concilio. Sin embargo, durante muchas semanas arrastró una mezquina existencia, pues ni los representantes del Papa ni los del emperador querían cargar con la responsabilidad de la suspensión, antes bien cada uno de los dos partidos quería atraer sobre el otro el odio que tal medida había de suscitar. Los protestantes les sacaron de tal perplejidad; sus embajadores habían ya abandonado anteriormente el concilio fundándose en motivos justos y graves, de suerte que ninguna responsabilidad podía atribuírseles por las proposiciones y trabajos que en él se hicieran. Después, las tropas de Sajonia, de Hesse y de Alberto de Brandeburgo-Kulmbach avanzaron hacia el Sur para arrojar de Alemania al emperador, y al propio tiempo, el rey de Francia recibía las llaves de Metz. En 4 de abril, los protestantes se apoderaron de Estrasburgo y Mauricio de Sajonia amenazó penetrar en el Tirol. Estos acontecimientos decidieron al Papa y a los presidentes a disolver el concilio y a enviar algunos prelados a Roma, para proseguir, en unión del Padre Santo, la obra de reforma. Los presidentes, sin embargo, prefirieron proponer al concilio la suspensión durante dos años, a obrar en virtud de los plenos poderes pontificios. Esta proposición fué aprobada en 28 de abril de 1552 por todos los prelados, a excepción de doce españoles que quisieron probar de nuevo su fidelidad a su soberano, cuya situación tan comprometida se veía. Crescenzo, que desde el 20 de marzo (1) se encontraba gravemente enfermo, se hizo conducir a Verona, donde murió a los pocos días sin haber podido recibir la recompensa que por sus grandes servicios le había prometido Julio III. Entre tanto los Padres del concilio, así los partidarios como los adversarios de la suspensión, al tener noticia de la entrada de Mauricio en Innsbruck y de la fuga del emperador, se apresuraron a refugiarse en las comarcas meridionales. Los mismos habitantes de Trento, temerosos de los protestantes, abandonaron sus hogares y buscaron asilo en las montañas y bosques vecinos. La ciudad, pocos días antes llena de vida, de negocios y de fiestas, se vió entonces desierta y abandonada.

Cárlos había sufrido en el terreno político una derrota no menos sensible que la que sufrió en la esfera religiosa. El concilio, aunque en la forma solo había sido suspendido hasta mejores tiempos, estaba de hecho disuelto. ¿Volvería a reunirse? No era probable. Las causas del triste resultado del segundo sínodo tridentino son fáciles de señalar. Julio III había convocado el concilio, accediendo a los deseos del emperador, porque consideraba imposible la resistencia, y porque esperaba que, aliado con Cárlos, podría someter a la Francia, que se atrevía a contrariar los planes políticos y personales del Padre Santo. Confiaba también en que la acción unida de las excomuniones de la Iglesia y de las armas terrenales de Cárlos V conseguiría arrojar de Francia a Enrique II. Además, el emperador obligaría, así lo esperaba el Papa, a los protestantes a someterse a las decisiones de un concilio presidido y dirigido por los representantes de la Santa Sede. Pero todas esas esperanzas se habían convertido en humo. Cárlos, que no tenía deseo alguno de luchar a la vez con los protestantes y con los franceses, había hecho todo lo posible para atraerse a los primeros y para llevarlos al

(1) Guillermo de Poitiers a la regente de los Países Bajos, 30 de abril; Archivo de Bruselas.

concilio como mandatarios y auxiliares suyos. Como tales, hubieran podido desempeñar en Trento un papel funesto y peligroso para Roma. Los obispos alemanes y españoles habían mostrado en el concilio animosidad y desobediencia a la Santa Sede y profundos deseos de independencia. Las cuestiones políticas y militares tampoco habían llevado el giro que el Papa deseaba, pues el rey de Francia, en vez de verse atacado en su propio reino, hacía conquistas en Italia y en Alemania. Cárlos había mostrado cierta indiferencia hacia sus aliados pontificios y no se había manifestado muy dispuesto a apoyar a la curia en los propósitos que esta abrigaba de destronar a un rey legítimo como era Enrique II. Julio por su parte estaba también cansado de gastar sus rentas y su tesoro en una guerra que solo traía consigo derrotas y que en último caso solo podía ser provechosa para el emperador. El hecho de aproximarse los franceses y sus aliados a las fronteras de los mismos Estados Pontificios, intimidó al pusilánime y poco perseverante Papa. Por esto, desde octubre de 1551, poco antes de la inauguración verdadera del concilio, se preparó para un cambio de frente y comenzó a entablar negociaciones con Francia, que terminaron con el armisticio firmado en abril de 1552.

Desde entonces, no tuvo el Papa interés alguno en guardar consideraciones al emperador; la actitud de este y de sus prelados en el concilio le afectó profundamente y decidió poner fin a una asamblea tan peligrosa para el poder pontificio. Sus enemigos irreconciliables, los protestantes, se encargaron, con su rápido ataque, de realizar este propósito dispersando a los Padres de Trento. Las exigencias de los protestantes fueron aceptadas y ratificadas por los dos tratados de paz de Passau y de Augsburgo, desapareciendo, por consiguiente, toda esperanza de llevarles a una reconciliación con la Iglesia tradicional. Al propio tiempo, fracasó la tentativa de Cárlos de invadir el territorio francés y arrebatarse a los franceses sus recientes conquistas. Afectado, pues, el emperador por tantos desengaños y desdichas tantas, rodeado de las ruinas de todo su sistema político y religioso, renunció la corona para encerrarse en el monasterio de Yuste, donde falleció al poco tiempo, y con él murieron también las tendencias que habían motivado la convocación del segundo concilio tridentino.

## II.—APERTURA DE LA TERCERA ASAMBLEA TRIDENTINA.

Marcelo II.—Paulo IV: progresos del protestantismo.—Pío IV y la cuestión del concilio.—Punto de reunión y continuidad.—Convocación del concilio para Trento.—Negativa de los protestantes.—El gobierno francés y el concilio.—El emperador Fernando I y el concilio.—Portugal.—Felipe II y el concilio.—Los cinco legados sinodales.—La fórmula *proponentibus legatis*.—La cuestión del salvoconducto.—El deber de residencia.—Indignación de la curia contra el concilio.—La cuestión de continuidad.—Derrota del partido reformista.—Apasionamiento del Papa.—La Misa.—El cáliz laico.—Decreto insuficiente de reformas.

Cárlos V, el principal representante y promotor de la idea de reunir un concilio, había desaparecido de la escena. La larga y terrible guerra que desde 1551 había estallado entre las dos principales potencias católicas hacía imposible la resurrección de aquella asamblea, porque ¿cómo hubieran podido estar juntos en un mismo sínodo franceses, ingleses y españoles que luchaban encarnizadamente entre sí?

Entre tanto, había muerto Julio III (1555), sucediéndole con el nombre de Marcelo II, Cervino, su antiguo colega en el primer concilio de Trento, el cual solo ciñó la tiara pontificia durante tres semanas. Recayó entonces la elección en el apasionado y obstinado napolitano Caraffa, que tomó el

nombre de Paulo IV. El nuevo Pontífice, decidido adversario de toda conciliación con las ideas liberales, encarceló, como sospechosos de herejía, a una multitud de obispos y cardenales; destituyó al legado de Inglaterra, Pole, cuyas opiniones moderadas no le satisfacían, y se cebó en todos aquellos que no eran decididos partidarios de la más estricta fe romana y del poder absoluto de la Curia. Un Papa de estas ideas no podía ser en manera alguna favorable al concilio. Paulo IV procuró introducir algunas mejoras en punto a disciplina eclesiástica, pero apenas obtuvo éxito alguno. Todos reconocían que solo un concilio ecuménico podía poner remedio a tamaños males; pero Paulo IV, mas que a las cuestiones religiosas daba importancia a la guerra que con más apasionamiento que suerte hacía a Cárlos V y a su hijo Felipe II. Enemigo acérrimo de los Habsburgos, titubeaba, aun después de la abdicación de Cárlos, en reconocer como emperador al hermano de este, Fernando I.



Reverso de una medalla del Papa Julio II Representa al Papa, al emperador Cárlos V, a Felipe II, a la reina María y al cardenal Pole levantando a Inglaterra de la postración en que la tenía el protestantismo

Paulo IV, a pesar del odio que a la herejía profesaba, contribuyó mas que nadie a su fomento, por la encarnizada lucha que sostuvo con una de las dos principales potencias católicas y por los esfuerzos que con éxito hizo para ahondar y prolongar las disidencias que a ambas separaban. Los lansquenets alemanes se extendían por Francia y por los Países Bajos; Felipe II y Enrique II se hallaban tan ocupados en su lucha, que no podían cuidarse de los sectarios; Inglaterra, indignada de la arrogancia y ambición de Paulo, se había arrojado, durante el reinado de la joven Isabel, y después de la corta reacción católica de María Tudor, en brazos del protestantismo; con lo cual vino a ser también definitiva la victoria del calvinismo en Escocia. La animosidad de este Papa contra los Habsburgos, y al mismo tiempo los ataques de los turcos, obligaron a Fernando I a solicitar el auxilio de los príncipes protestantes del Imperio. Las nueve décimas partes de los alemanes estaban entonces afiliados a las nuevas doctrinas y la misma Baviera estaba a punto de abrazarlas (1). En los territorios austriacos, las profesaba la mayoría de la nobleza y de la clase media. Polonia parecía pronta a seguir ese ejemplo; la nobleza de aquel país quería excluir de la Dieta a los obispos por considerarlos demasiado adictos a Roma y exigía tumultuosamente la convocación de un concilio nacional. La Europa oriental, como el centro de Alemania y como el Norte escandinavo, amenazaba separarse del catolicismo. La extraordinaria corrupción del clero (2) explicaba la generalidad de estas tendencias en todo el orbe.

(1) Ranke, *Obras*, VII, 80.

(2) Véase sobre esto el documento que los teólogos de Lovaina dirigieron a Felipe II en 11 de mayo de 1558: Archivo de Bruselas, *inventaire de 1864*, 8.

Los rápidos e importantes progresos que hacia la herejía en todas partes, dentro y fuera de Alemania, espantaron de tal suerte a Felipe y a Enrique que, en la primavera de 1559, firmaron la paz de Chateau-Cambresis, para poder luchar juntos contra los herejes. No obstante, se vió que la severidad y la fuerza no bastaban para poner remedio al mal, y que si no se procuraba satisfacer los deseos de los pueblos cristianos por medio de una reforma verdadera y fundamental del clero, de la Iglesia y de los dogmas, el catolicismo estaba amenazado de inminente ruina. El monarca francés, el Senado de Venecia, el duque de Florencia, los príncipes católicos, en la Dieta de Augsburgo (1559), todos pedían la extirpación de los abusos, el restablecimiento del poder episcopal, el severo cumplimiento de los deberes del clero, la precisa y concreta definición de los dogmas y la devolución a los corazones creyentes de la confianza, de la esperanza y del entusiasmo religiosos (3).

Afortunadamente para el catolicismo, falleció Paulo IV poco después de haberse firmado la paz de Chateau-Cambresis, es decir, en 18 de agosto de 1559. El Sacro Colegio no pudo librarse de la influencia de las doctrinas que entonces predominaban en todo el orbe católico e impulsó a todos sus miembros el deber de que, en caso de ser uno de ellos elegido Papa, convocaría el concilio, reformaría la Curia eclesiástica y extirparía los muchos abusos del clero. Pero trascurrió mucho tiempo sin que pudiera llegarse a un acuerdo respecto de la designación del nuevo Pontífice, hasta que, al cabo de cuatro meses, fué elegido (26 de diciembre de 1559) Juan Angelo de Médicis, milanés, que tomó el nombre de Pío IV.

Juan Angelo de Médicis, que había nacido en 1449, no pertenecía a la célebre familia florentina del mismo nombre, antes bien era de humilde linaje y debía toda su fortuna a su hermano Juan Jacobo, soldado intrépido y hábil, a la par que cruel y astuto. Juan Jacobo alcanzó en el ejército imperial el grado de general y obtuvo el marquesado de Marignano, con lo cual pudo elevar a su hermano al solio pontificio. Su matrimonio con una Orsini, cuñada de Pedro Luis Farnesio, influyó en que este alcanzara de su padre Paulo III la dignidad cardenalicia para Juan Angelo (4). Este nuevo príncipe de la Iglesia merecía por lo demás el alto honor que se le había concedido, pues era buen canonista y doctor en derecho, bondadoso y amable, amante de vivir en paz con todo el mundo, presto para montar en cólera, pero no menos pronto en calmarse y reconciliarse. Paulo IV le cobró odio precisamente por aquella moderación y por su adhesión a la casa de Austria cuyo súbdito era. A consecuencia de esta adhesión el cardenal Médicis se había visto obligado a abandonar a Roma, y vivía en Pisa y en Milan de un modo digno, y aun espléndido, ocupándose en trabajos literarios, en la construcción de preciosos palacios y en prácticas religiosas. Al regresar a Roma, después de la muerte de Paulo IV, y al tomar parte en los debates del cónclave, dijo que era preciso reconquistar la Alemania concediéndole el cáliz laico y el matrimonio de los sacerdotes, a semejanza de lo que se usaba con los bohemios y orientales (5). Mostró simpatías por la casa de Austria y se manifestó contrario al sistema religioso y político de Paulo IV, y este fué probablemente el motivo que tuvieron en cuenta los cardenales para elevarle al solio pontificio.

En efecto, Pío IV se dispuso a cumplir lo que en el

(3) Véase Alberi, *Relazioni venete al Senato*, X, 24. Bucholtz, *Fernando I*, IX, 564. Cantu, *Gli eretici d'Italia*, II, 419.

(4) Relación de Girol. Soranzo (Alberi X).

(5) Sickel, *Para la historia del Concilio de Trento* (Viena 1872), pág. 17.



cónclave había prometido y por tanto á convocar el concilio precisamente para el punto en que primeramente se había reunido, es decir, para Trento. Sin embargo, se encontró con serios obstáculos de parte de algunos príncipes que, aunque favorables á las ideas conciliares, querían realizarlas de un modo peligroso para la Santa Sede.

El emperador y el rey de Francia pidieron, entre otras cosas, para el concilio libertad completa en las discusiones y en los acuerdos y exigieron que fuese convocado para una ciudad verdaderamente alemana, no para una que, como Trento, era italiana en el fondo. Entonces y solo entonces, decían, podrá contarse por segura la participación de los obispos alemanes y por probable la de los protestantes en la asamblea: cuanto mas que el concilio se reunía principalmente en consideración á la nación alemana y á la reconciliación con el protestantismo.

El cardenal Médicis había sido siempre hombre moderado y conciliador, pero como Papa no podía seguir exclusivamente sus inclinaciones personales. Como sucesor que era de una larga serie de Papas, se veía obligado á aceptar la política que sus predecesores, por espacio de tantos siglos y con tanta constancia y tenacidad habían seguido. La responsabilidad que sobre él pesaba, como cabeza de la Iglesia, le impedía hacer concesiones que, como cardenal, no hubiera rechazado. Aunque personalmente enemigo de la Inquisición, la toleró porque consideró de su deber hacerlo así. El hijo de su hermana, Carlos Borromeo, á quien nombró su secretario de Estado, y de quien hizo su favorito y su oráculo, le fortaleció en tales ideas. Conocida es la persona eminente de Carlos Borromeo que, despues en el pontificado de Paulo V fué elevado á la categoría de santo: hombre de nobles sentimientos, dotado de excelente educación literaria y religiosa, desinteresado, sencillo y pobre en medio de las riquezas y del poder, y animado de una fe viva, solo vivía para su Iglesia y para sus deberes de obispo y de cardenal. Un carácter de esta naturaleza no era á propósito para ceder ante los herejes y sus favorecedores. Por esto vemos á Pio IV oponerse con todas sus fuerzas á las exigencias de Fernando I y del joven rey de Francia Francisco II, creyendo que en una ciudad alemana el concilio estaría demasiado dependiente de los alemanes, en parte heréticos y en parte partidarios de las reformas radicales, tanto mas cuanto que el débil emperador se dejaba influir demasiado por su hijo Maximiliano, casi afiliado á las doctrinas de Lutero. En cambio, en Italia, estaba seguro de ver triunfar las ideas ortodoxas, á cuyo éxito quería sacrificar, segun decia, su sangre y su vida. No quería oír hablar de un concilio libre, como pedía el emperador, ni de un nuevo concilio, como deseaban los protestantes, sino de un concilio ecuménico que fuese continuación de los dos anteriores concilios tridentinos y reconociese la validez de los decretos por ellos promulgados (1).

En estas circunstancias, el Papa y los prelados comenzaron á apartarse cada vez mas de la idea de la convocación del concilio, cuando un importante acontecimiento hizo tomar nuevo rumbo á las decisiones de la Curia.

Francisco II de Francia, influido por la reina-madre Catalina de Médicis, partidaria de las reformas, convocó una asamblea de notables en Fontainebleau para oír el parecer de estos respecto de las tristes circunstancias religiosas por que atravesaba su país. Los prelados concurrentes dirigieron severas inculpaciones á la Santa Sede y exigieron, para poner

(1) E. Reimann, *Negociaciones entre Fernando I y Pio IV. Investigaciones para la historia alemana* (1866) VI, 591.—Sickel, obra citada, pág. 50.

fin á los desórdenes políticos y religiosos, la convocación de un concilio nacional, sin cuidarse para nada del Papa. En efecto, acordóse reunir, para el día 10 de enero de 1561, á todos los obispos de Francia á fin de que prepararan, para el caso de que el romano Pontífice no quisiera dar satisfacción á los deseos de la cristiandad, todo lo necesario para la reunión de un concilio nacional.

Detrás de este concilio, y recordando la apostasía de Inglaterra durante el reinado de Enrique VIII, veía Roma la completa separación de Francia de la Iglesia romana. En vano Pio IV y el mismo monarca español (2) hicieron toda clase de ofrecimientos para conjurar aquel suceso que les amenazaba: el gobierno francés persistió en su resolución.

Pio IV y Felipe II no encontraron mas remedio que convocar un concilio general para evitar los efectos de aquella asamblea de la Iglesia galicana. El Papa dijo francamente al embajador veneciano, Mula, en quien tenia gran confianza personal, que solo para evitar la convocación de un sínodo especial francés deseaba reunir un concilio antes un concilio ecuménico (3). Mas claramente aun se expresó acerca de este punto el cardenal Borromeo en las cartas que escribió al nuncio de Su Santidad en Viena, quien, por lo general, había de ejercer gran influencia en el ánimo del emperador en este asunto (4).

Pero ante todo había que vencer dos grandes obstáculos: ¿dónde se reuniría el concilio? ¿Se consideraría este como nuevo ó como continuación de los anteriores sínodos tridentinos?

Respecto de la primera cuestión, la Curia romana debía tratarla con el emperador, en cuyo territorio estaba enclavada la ciudad de Trento y que era, á lo menos segun la teoría del derecho público, el supremo defensor de la Iglesia. Afortunadamente para la Curia, Fernando no se distinguía por la energía de su carácter ni por la perseverancia en sus opiniones; y la Santa Sede, colmándole de muestras de afecto y enviándole un sombrero y una espada benditos, logró causar tanta mayor impresion en el ánimo del emperador, cuanto que este ya anteriormente se había lamentado de que Pio IV se negara á reconocerle en la dignidad imperial. Despues de esta hábil preparación marchó á Viena un nuevo nuncio, un astuto veneciano, el obispo Delfin de Fano, que sabia usar oportunamente ora de las promesas, ora de las amenazas. Segun él decia, debía tranquilizarse á los protestantes permitiéndoles ingresar libremente en el concilio y exponer en él sus opiniones, pero si el emperador se negaba á aceptar, como punto de reunión, la ciudad de Trento, el Papa convocaría el concilio para Roma. Despues de muchas discusiones, que se prolongaron durante algunas semanas, consiguióse que Fernando aceptara la ciudad de Trento como punto de reunión del concilio. Esta condescendencia fué de mal agüero para el logro de los deseos de reforma que abrigaba el emperador. ¿Cómo podía ya Francia resistir las pretensiones de la Curia (5)? Tuvo, pues, que aceptar tambien la elección de Trento; y este fué el primer gran triunfo de la diplomacia romana en la cuestión del concilio.

En la segunda cuestión, se mostraron mas tenaces Francia y el emperador, y realmente esta era de mayor trascendencia que la primera. En efecto, si se consideraba el concilio tridentino que iba á convocarse como mera continua-

(2) Weiss, *Papiers d'Etat du cardinal Granvelle*, VI, 137.

(3) Raynaldi, *ad an.* 1560, número 57. Relacion de Jeron. Soranzo, Alberi X, 117.

(4) Cartas de Borromeo en el *Tabularium Ecclesie Romanae seculi XVI*, de Cypriano (Francfort y Leipzig, 1743) pág. 84, 95, 101.

(5) El cardenal de Lorena al obispo de Rennes, 11 de noviembre de 1560; Le Laboureur, *Memoires de Castelnaud*, I, 475.

ción de los dos anteriores, se reconocía la validez de los decretos por estos promulgados y se hacia por tanto imposible para lo sucesivo la satisfacción de la mayor parte de las exigencias de reforma que sostenían Fernando y el gobierno de Paris. Los luteranos alemanes y los calvinistas franceses no se someterían á un concilio que en sus anteriores sesiones había condenado duramente las doctrinas por ellos sustentadas. Así cada día se alejaba mas el restablecimiento de la paz religiosa. El rey y el clero de España, que permanecían fieles á la inmaculada fe católica, estaban firmemente decididos á considerar el concilio como simple continuación del de 1545 y 1551 (1), y eran por tanto de la misma opinión que la Santa Sede que rechazaba la condescendencia hacia los herejes de que daban muestras el emperador y los franceses, y no quería tampoco que se pusieran en duda los anteriores decretos tridentinos. Pero ¿era posible reunir el concilio sin el consentimiento y aun contra la voluntad de franceses y alemanes? Imposible. En este punto no podía esperarse vencer la resistencia del emperador, el cual tenia miedo á los protestantes porque habían declarado que si Fernando y los Estados católicos del Imperio tomaban parte en un concilio que fuera solo continuación del anterior que tan hostil se había mostrado hacia ellos, considerarían rota de hecho la paz de Passau y declarada por consiguiente la guerra. Fernando no se encontraba en situación de arrostrar este peligro.

Para no disgustar á nadie eligió el Papa un término medio; y en la bula de 29 de noviembre de 1560, en la cual convocaba el concilio para la Pascua del siguiente año, hizo uso de frases ambiguas que no significaban la idea de continuación ni la negaban en absoluto. Aquella renovación del sínodo tridentino constituía, por lo demás, un triunfo de los esfuerzos de Carlos V, y era, al propio tiempo, un acontecimiento de indudable importancia para el presente y el porvenir de la Iglesia católica.

Preciso es ahora decir que Pio IV, una vez resuelta definitivamente la convocación del concilio, se esforzó lealmente en darle el carácter de ecuménico. Sus nuncios, encargados de entregar las cartas invitatorias, no solo se dirigieron á las Repúblicas y Reinos católicos, sino tambien á los Estados cismáticos de Europa, Asia y Africa, y especialmente á los protestantes, siguiendo en esto los consejos que les había dado el emperador. Sin embargo, el paso dado respecto de los protestantes no tuvo éxito alguno; los protestantes alemanes habían conseguido de la paz religiosa de Augsburgo mucho mas de lo que podían esperar de un concilio; y por otra parte, estaban indignados, y con razon, de las persecuciones ordenadas por Roma contra sus correligionarios italianos, especialmente los de la Calabria. Por esto exigieron condiciones muy justas desde su punto de vista, pero que el Papa no podía aceptar. Se armaban pues de antemano para defenderse de la presión que sobre ellos se pudiera ejercer en nombre del concilio (2). Los calvinistas franceses, que esperaban entonces el triunfo de su causa en Francia, no se mostraron condescendientes, y los soberanos protestantes de Inglaterra, Suecia y Dinamarca prohibieron á los nuncios hasta la entrada en sus respectivos territorios.

Con esto quedó probado que en el concilio solo tomarían parte los príncipes y pueblos católicos de Europa, y aun es-

(1) *Acta concilii Tridentini à card. Palcottio conscripta*. Theiner, II, 527.

(2) Acerca de estas negociaciones encontramos una relacion exacta en el despacho de Commendone y de Delfin, Naumburgo, 8 de febrero de 1561 (*Miscelanea di storia Italiana*, Turin, 1865, pág. 54), en la Memoria de Delfin al emperador, de 10 de febrero (Buchholtz IX, 673), y en las actas publicadas por Raynaldi, *ad an.* 1561, número 19.

tos manifestaban respecto de aquella asamblea deseos y pareceres.

A la muerte de Francisco II (diciembre de 1560), ocupó el trono de Francia su hermano Carlos IX, cuyos pocos años hicieron necesario que Catalina de Médicis se encargara del poder en su nombre. La regente se esforzó en estar bien con los hugonotes y en restablecer el orden y la paz en la nación francesa, tan desgarrada por las luchas de los partidos religiosos. Animada de estos propósitos y de acuerdo con los obispos franceses, solicitó del Padre Santo, antes de que se inaugurara el concilio, la concesión para su reino de la Comunión en ambas especies, con lo cual esperaba que volverían al seno de la Iglesia la mayor parte de los calvinistas del país.

Pero la corte romana se cuidó muy poco de Catalina de Médicis, cuya difícil situación en Francia la hacia poco temible, y á la cual la Curia había echado en cara su lenidad para con los herejes. Pio IV aseguró al embajador francés que personalmente no sentía repugnancia alguna á conceder el cáliz laico y el matrimonio de los sacerdotes, cosas que él consideraba mas de derecho histórico que de derecho divino, pero añadió que en una cuestión de tamaña importancia tenia que consultar con sus hermanos los cardenales, y luego le hizo notar la resistencia de la parte fanática del Sacro Colegio y del embajador de España. Felipe II, en efecto, no profesaba las conciliadoras ideas de su padre, sino que por el contrario trabajaba ardentemente por la conservación de la mas severa ortodoxia. Su embajador en Roma, Francisco de Vargas, exigió del Papa que sin consideración alguna rechazara tan «criminal» demanda (3). Pio IV entonces olvidó las promesas hechas á los franceses y aceptó la opinión de la mayoría de los cardenales y la del rey de España, á quienes, con razon, consideraba como las mas firmes columnas de la causa católica. Por fin contestó que no se podía, sin desobedecer á la Iglesia, administrar los sacramentos en un país de un modo distinto que en otro, y aconsejó al gobierno francés que formulara su petición ante el concilio (4).

Esta conducta poco conciliadora del Padre Santo en una cuestión que en nada afectaba al dogma y en la cual ciento trece años antes se había dado satisfacción á los hussitas, causó mala impresion en el gobierno francés y menguó sus esperanzas de un feliz resultado del concilio. Por esto no envió á él ningun obispo, sino simplemente tres embajadores que presentaron una lista de las reformas por su gobierno deseadas. Las instrucciones comunicadas á estos emisarios nos dan una idea exacta de las intenciones que en punto á la cuestión religiosa abrigaba la regente de Francia, pues en ellas se consignaba la petición de que el concilio fuese declarado nuevo, y en el caso de que se le considerara como continuación de los anteriores, se mandaba á los embajadores formular una protesta y salir de la ciudad de Trento. Debían además pedir que el concilio fuera trasladado á una ciudad imperial del Sur de Alemania y solicitar para los protestantes completa libertad de exponer sus opiniones. Quería mas el gobierno francés y era que el concilio estuviese libre de toda influencia pontificia y decretara que el Papa no tenia derecho alguno para modificar un ápice de los acuerdos conciliares ni para dispensar de estos á nadie. La misión del concilio debía ser mejorar la disciplina y las costumbres del clero, restablecer «en la cabeza y en los miembros» de la

(3) Despacho de Vargas, de 21 de noviembre de 1561. Weiss, VII, 429.

(4) Le Plat, IV, 733, 739.—Sickel, pág. 234.—Döllinger, *Memorias*, I, 366.



Iglesia la primitiva jerarquía y poner coto á la arbitrariedad y á las extralimitaciones de la Curia romana. Por último, se prescribió á los embajadores que para el logro de estas reformas procedieran amistosamente y de comun acuerdo con los oradores del emperador, del cual se sabía que se inclinaba también á una reforma fundamental de la Iglesia.

Fernando I, que había nacido en España y sido educado en este país bajo la dirección del célebre cardenal Jimenez

de Cisneros, había sido en su juventud un celoso partidario del catolicismo, mas obstinado y exclusivista que su hermano, el emperador. Pero con la edad había ido modificando sus opiniones. Encargado por su hermano de la administración de un extenso territorio alemán y posteriormente de los detalles del gobierno, había se amoldado poco á poco á las costumbres y modo de pensar de los alemanes, y convencido de que solo por medio de concesiones podía atraerse á los pro-



El papa Pio IV. Facsimile de un grabado en cobre de Nicolás Beatrizet

testantes y conseguir la paz interior del Imperio. Por esto permitió en los Estados de Passau y Regensburg una casi completa libertad religiosa, y en sus comarcas hereditarias la predicación de las doctrinas protestantes. De carácter abierto y franco, aunque propenso á la cólera, aficionado al lujo, y poco obstinado en sus resoluciones, no había sido creado para el martirio. Creía que eran una necesidad política las reformas religiosas; pero á pesar de esta convicción en que estaba, seguía siendo católico de corazón. A consecuencia de esta falta de firmeza en las opiniones, su conducta era insegura, incierta: cambiaba continuamente de parecer, prestando oídos, ora á los católicos fanáticos, ora á los reformistas. En cambio su primogénito, Maximiliano, que entonces llevaba el título de rey de Bohemia, se inclinaba en su corazón á los

protestantes, inclinación que había mostrado ya anteriormente. Dotado de vasta instrucción, conocedor de la literatura y de las particularidades de todos los pueblos europeos, amante de la música y de las ciencias, no es de extrañar que profesara las nuevas ideas. Sin embargo, su naturaleza delicada, sensible y poética carecía de energía y decisión. Sometido á la doble influencia de su padre y de su primo, Felipe II, había se acostumbrado á ocultar sus verdaderas opiniones; pero ¿no era por ventura de temer que si la Iglesia no hacía concesión alguna á sus creencias se declarase abiertamente contra ella (1)? Al inaugurarse el concilio, los orado-

(1) Reimann, *Maximiliano 1554-1564*. Revista histórica, 1.ª serie, tomo XV, pág. 1.

res imperiales ocuparon el primer lugar: la misión que les estaba encomendada consistía en dar, en lo posible, satisfacción y libertad á los protestantes y en oponerse á toda suspensión ó traslación del concilio á una ciudad italiana y á toda limitación de las inmunidades sinodales (1).

Pronto presentó el emperador importantes proposiciones que se referían á cuestiones de fundamental trascendencia; pero desgraciadamente no hubo casi nadie en el concilio que las defendiera y ayudara á su triunfo. Los protestantes á quie-

nes habían de satisfacer, se mantuvieron retraídos, y los príncipes católicos del Imperio manifestaron desde luego al nuncio Commendone que si los protestantes no acudían á Trento, ellos tampoco acudirían á causa del peligro con que la proximidad de los protestantes les amenazaba y porque temían que sus súbditos se contagiaban. En el fondo es particular que los tres electores eclesiásticos manifestaran al emperador el temor de que los protestantes viesan en esta falta de asistencia un acto de hostilidad que les retrajera.



Maximiliano II. Facsimile de un grabado en cobre de Martin Rota

De suerte que el Imperio no tomó parte en el concilio, y Fernando se vió obligado á hacer que en él estuvieran representadas sus comarcas hereditarias que, en su mayor parte, se inclinaban al protestantismo. Su dignidad de emperador le daba, sin embargo, cierta autoridad, de la cual resolvió hacer uso en pro de la reforma y de la conciliación.

(1) Instrucción para los embajadores imperiales, 1.º de enero de 1562; Sickel, pág. 252.—*Articuli Legatis exhibiti per oratores Casaris*, 13 de febrero. Le Plat, V, 33.

Con muchos obispos y doctores en teología formó una comisión que, en setiembre de 1561, le remitió una carta en la cual se expresaban minuciosamente las reformas que en la Iglesia debían en su concepto introducirse (2). Estas

(2) Le Plat, V, 213. El profesor Sickel ha demostrado, en su *Archivo para la historia de Austria*, tomo XLV (1871) pág. 24, que este documento no fué redactado por el conocido Staphylus, sino por una comisión de la cual, entre otros, formaban parte los obispos de Praga y de Merseburgo.